

Notas del Mes

Dos poetas

Cuando finalizaban los días de 1947, falleció el poeta Oscar Castro. Y apenas habían dejado de oírse las campanas y el vocerío de la muchedumbres que anunciaban la llegada del nuevo año, partió Vicente Huidobro. El uno en plena juventud, cuando su talento comenzaba a dar los más espléndidos frutos, y el otro ya en edad madura, pero tal vez sin que alcanzara a realizar la obra maciza que pudo dar su talento y su insaciable sed de aventura.

Eran dos chilenos de gran sensibilidad poética, pero de un temperamento diametralmente opuesto. Oscar Castro cantó a las cosas humildes. Vicente Huidobro, en su búsqueda de horizontes, buscó la universalidad, la resonancia, la admiración heterogénea de gentes de distintas razas y de diversos idiomas. Oscar Castro, sentíase gozoso y alegre de poder cantarle al agua, al viento, a los pájaros, a los campesinos que ven cómo los acontecimientos no varían al transcurrir estático de sus días. Vicente Huidobro, hacía sonar su campana y su voz que buscaba lo trascendental, desde los lejanos ámbitos de la *tierra*. Quería que en todas las latitudes se oyera el rumor de su inquietud, y la expresión casi extravagante de los motivos que influían en su creación. Poseedor de una gran fortuna, pudo darse el placer de viajar por el mundo y conocer personas y personajes de la literatura-

universal. En Francia fué en compañía de literatos franceses el animador de una nueva escuela literaria. Pero no se contentaba con eso. Buscaba la nombradía por todos los medios posibles. Y se sentía feliz de que los cables de los diarios, transmitieran su nombre, unido a algún acto de su desorbitado afán. Oscar Castro en cambio, sumergido en su rincón provinciano, seguía cantándole a su tierra, a las noches y a los días de sus sueños. Era un gran poeta. Un fino y exquisito poeta cuya obra alcanzó extraordinaria altura en su expresión.

Y ahora, estos dos poetas se han reunido en la inmensa y enorme noche que no termina. O acaso en un día radioso de interminable felicidad. Los dos cobijados en la entraña de la tierra chilena cesaron de soñar, de debatirse en su inquietud de viajeros que buscaban la belleza y la emoción. Es posible que se hayan ido sintiendo que no habían logrado su ferviente anhelo. Pero lo intentaron noblemente. Porque ambos, tan opuestos en su carácter, en su medio social y en su expresión sensible, eran artistas de verdad.

Dos libros

Editados por Nascimento, acaban de aparecer dos bellos libros: «Norte y Sur», de Salvador Reyes y «La estatua de sal», de Humberto Díaz Casanueva. Los autores de estos libros son dos poetas de fina sensibilidad que a lo largo de su vida y de su obra han alcanzado una merecida nombradía de hombres de letras.

Reyes y Díaz Casanueva han vivido largo tiempo fuera de Chile, desempeñando cargos diplomáticos y consulares. Conocieron diversos medios sociales y culturales, y pudieron con sensibilidad moderna dar a su obra literaria todo el relieve de su temperamento. El contraste entre las costumbres de un pueblo y de otro, las diferencias que otorgan el clima y la raza, permiten siempre al artista ampliar su horizonte, para auscultar el alma humana. El poder de observación unido al talento del artista, influye sin duda en su obra, cuando es posible caminar por el mundo y ver variados escenarios. Salvador Reyes nos ofrece en